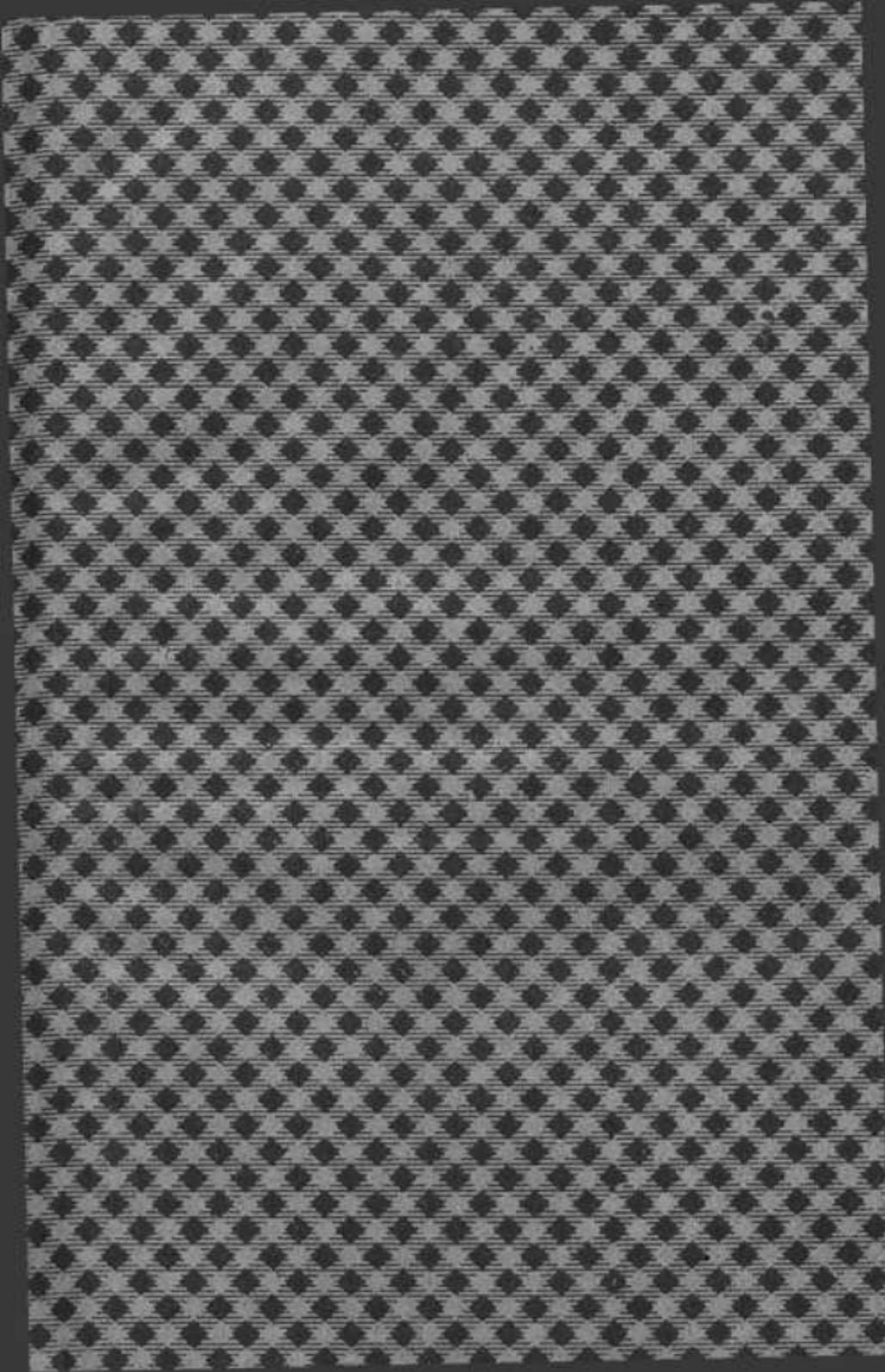
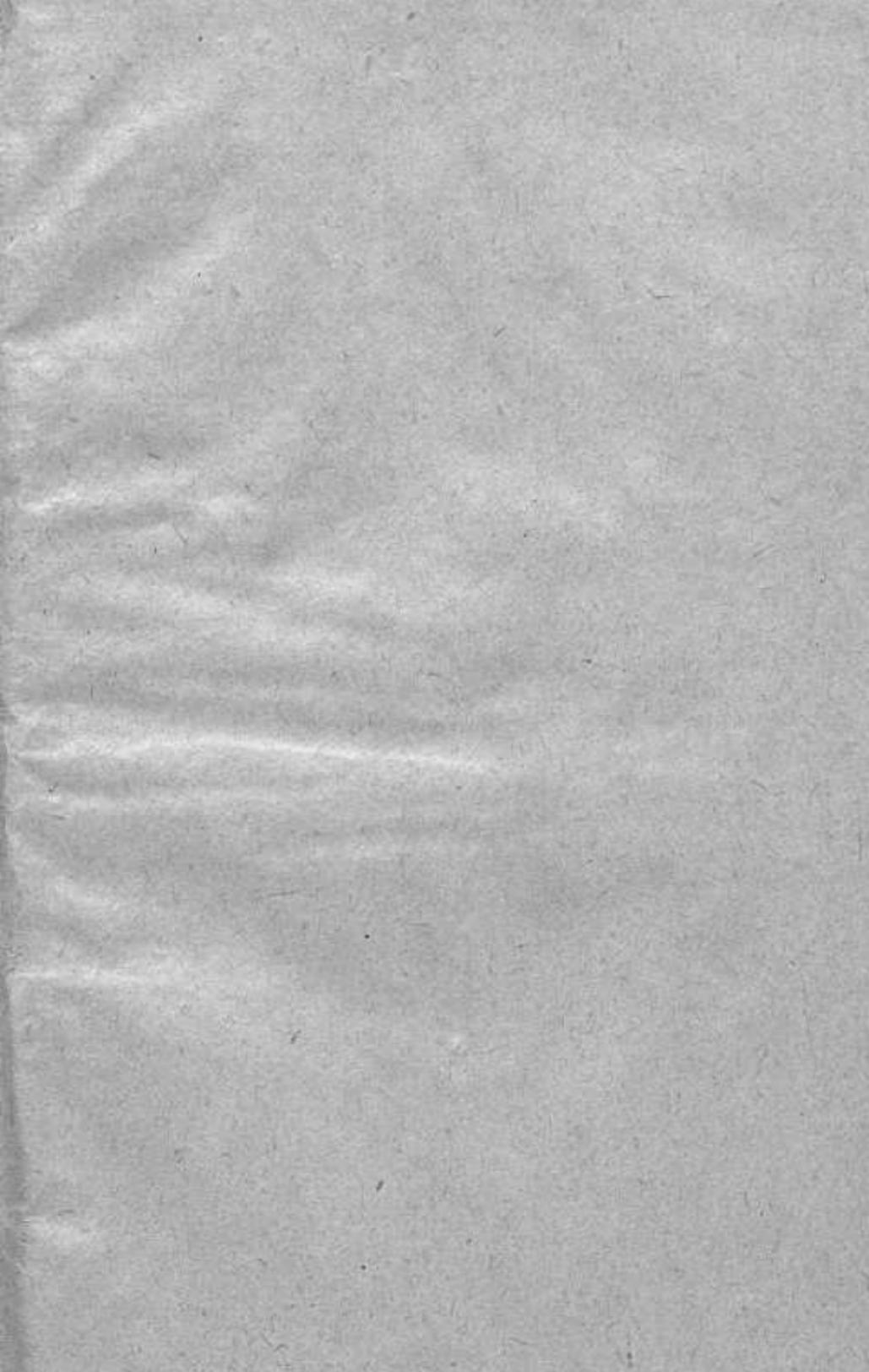


ELOGIO
DE LAS
CORRIDAS DE TOROS







Ref



Handwritten scribbles and faint markings, possibly including a vertical line and some illegible characters.

Handwritten scribbles and faint markings, possibly including a large loop and a diagonal line.

ELOGIO
DE LAS
CORRIDAS DE TOROS.

POR

*DON MANUEL MARTINEZ
RUEDA.*



Handwritten mark or signature.

MADRID.
IMPRESA DE REPULLÉS.
Setiembre de 1831.

Handwritten mark, possibly a cross or plus sign.

EL OCIO

DE LAS

CORRIDAS DE TOROS

1804

DON MARQUEZ MANTUEN

ALEMA

MADRID

IMPRESA DE BARRAL

Setiembre de 1804

No censuraré los juegos olímpicos de la antigua Grecia, ni los gladiadores de la Señora del mundo, ni el pugilato del tétrico Albion, ni las corridas de caballos del moderno Galo. Respeto las costumbres y hasta las preocupaciones de los pueblos; pero quiero también que se respeten las nuestras, y que la mordaz envidia cese de llamarnos bárbaros, imbéciles, idiotas, solo por que en España haya hombres fuertes que luchen con las fieras. Quisieran sin duda estos críticos sentimentales que todos fuésemos á postrarnos ante los pies de su

Talía para suspirar en la molición, ó aprender el arte de asesinar á la inocencia; quisieran que mientras ellos disfrutaban en la holganza de todos los placeres de la vida, el mísero artesano sufriera sin cesar el peso del trabajo y la fatiga, reprendiéndole y echando en cara no solo el corto gasto que hace en tan inocentes diversiones, sino hasta los vicios que se dice contrae en ellas. Mas nosotros les haremos ver en este breve discurso que las fiestas de toros son preferibles á las del teatro, que en nada se oponen á los rígidos principios de la economía política, y que en vez de perjudicar á la moral pública, contribuyen á sostener la base principal en que se funda.

En efecto, consideremos el

teatro: no hallaremos mas que ficcion y engaño por todas partes. El estrecho recinto en que se comprimen nuestros espíritus está iluminado por encumbradas arañas, cuyo débil resplandor, reflejado sobre los espectadores, los desfigura en términos que para conocerlos bien es necesario asentar el antejo, como si largas distancias los separaran de nosotros. Fingidas miradas, fingidas sonrisas, fingidos saludos, interpolados con silvidos y cuchicheos, ocupan el tiempo que media, demasiado largo para unos, demasiado corto para otros, entre la hora señalada y el momento de correr el telon.

En la plaza de los toros todo es grandioso, todo natural, todo verdadero. Un ámbito es-

tenso, desde donde se descubren los cielos y la tierra; una multitud que deja sus pesares á las puertas del circo; los adornos de la opulencia entrettejidos con los trages de la medianía; los clamores de la impaciencia; las gracias del ingenio; las disputas de los conocedores, y hasta las bufonadas de los ignorantes, todo nos divierte, nos enagena, nos dilata el alma.

La comedia, esa escuela de las costumbres, ¿qué nos enseña? Regularmente á fomentar en nuestros corazones una pasion que demasiado conocemos, y suele hacernos infelices toda la vida; y si solo se trata de reprender nuestros vicios, ¿hay cosa mas cruel que llamarlo diversion y pagar esta burla con dinero? La trage-

dia nos despedaza las entrañas con negras intrigas, con atroces perfidias: ¡por qué atormentarnos con estos objetos de horror, cuando á pesar nuestro los estamos viendo continuamente en la grande escena del mundo! Pero si es ópera... ¡Oh! entonces todo cambia de aspecto: suspiramos, nos enfurecemos, lloramos, reímos y bostezamos tambien, segun les place á los actores, sin que entendamos por eso una palabra de lo que nos dicen. Sin embargo, como hablan el idioma de los Tassos, y son los ecos de los Paccinis y de los Rossinis, inclinamos la cabeza á tan grandes nombres, modelamos nuestros sentimientos por los suyos, y salimos de alli llenos de languidez y sensibilidad, y muy aptos para cual-

quiera cosa, menos para manifestar la dignidad del hombre.

No así en los toros, donde se eleva el alma con acciones grandiosas de valor y de heroísmo, que nos recuerdan aquellos tiempos bienhadados en que los Te-seos purgaban de monstruos la tierra, y valientes caballeros desafiaban impávidos la muerte en *pasos honrosos*. Hagamos para probarlo una leve reseña de estas funciones.

Suena el timbal del despejo, y se ofrece á la espectacion pública el aparato de la fuerza militar y judiciaria á un mismo tiempo: todos obedecen, todos abandonan el campo de la lid. Cuatro alguaciles se presentan en la plaza, á quienes se reúne el pregonero, que sale de las puertas

del toril con gran capa de paño cual trage de etiqueta: hace los saludos de ordenanza, saca un papel, y lee... lo que quiere, porque en rigor nadie le oye una palabra: su mision concluye, y al retirarse, los aplausos y la gritería resuenan por todo el circo.

Este solo anuncio de la fiesta pone en agitacion todos los ánimos; cada uno ocupa su lugar; cesan las conversaciones indiferentes; de nada se trata ya sino de toros. Pero en el teatro la señal de empezar es la de la incomodidad y el disgusto por el perpetuo aserrar de los violines, que con añejas tocatas nos mortifican los oidos, y por las patadas y toses con que mas de una vez se apagan los sonidos de la orquesta, mala ó buena.

Semejantes á los paladines de la antigua caballería, los picadores que han de entrar en combate son presentados á los concurrentes por alguaciles ricamente vestidos y montados en sobervios caballos. Al hacer su acatamiento ante la Autoridad, descubren aquellos rostros ennegrecidos en la fatiga, y marcados muchas veces por la mano de la muerte que huyó asustada al ver de cerca su terrible aspecto. Toman sus garrochas, y marchan presurosos á ocupar el puesto de los peligros.

Otro alguacil airoso, cortesano y de noble presencia, tambien montado sobre alazan brioso, sale á tomar la llave del toril, que adornada de pomposos lazos recibe de la Autoridad en su som-

breró guarnecido de plumas ondeantes. Mas veloz que la paloma, conductora aérea de comunicaciones terrestres, corre á entregar la llave, y corre tambien al retirarse, no porque tema ningun riesgo, sino para lucir su gallardía y la ligereza de su hermoso caballo.

Un profundo silencio reina en el circo: late presuroso el corazon del que ama la gloria y teme los peligros: á sangre fria los espera el hombre fuerte acostumbrado á lides sangrientas; unos recelan, otros se aseguran, y todos á la vez fijan la ansiosa vista en la puerta del toril, que al compás del timbal se abre anchurosa precipitadamente. ¡Compárese esta mutacion de escena con las del teatro, y diga-

se de buena fé si cuando el tramoyista nos conduce á su placer desde un salon magnífico á un bosque ó á una taberna sentimos la misma agitacion, igual cuidado que al presentarse el toro, tremendo en el mirar, de testuz fruncido y bien encornado! Señoréase de la plaza como para mostrar su poder y aterrar á sus contrarios, que ágiles cual gamos y astutos cual zorras, le rodean, le burlan, le cansan y conducen á donde con su garrocha le espera impávido el picador. Embiste, y escocido retrocede: otra vez es llamado, y vuelve á probar el hierro: se enfurece, forcegea, recarga, y caballero y caballo con espantoso estruendo vienen á tierra. ¡Tiernos cantores del amor y la desdicha, venid y entonad el

mai piu y el *tanti palpiti* sobre ese corpulento Pinto que un momento hace desafiaba con su valor á los toros y al averno, y ahora empero yace sepultado bajo la pesada mole de su moribundo caballo!... Mas no, no le lloreis perdido, que es duro como el bronce, aunque se hace el muerto por ardid permitido en la guerra. Aun respira por fortuna suya y nuestra, y al retirarse su adversario ved cómo se desliza bonitamente á gatas de entre el cuerpo que le oprime, se levanta con calma y con cachaza, límpiase la sudor, y sale en busca de otro caballo para vengar su afrenta. No lo fue para tí este porrazo, inclito adalid; pusiste en regla la vara, cumpliste con tu deber, y *has merecido bien de la patria tauromá-*

quica; la fiera bestia tenía mas fuerza en la cerviz que tú en el brazo, y sucumbiste, porque sujeto, como todos, á la ley general del choque de los cuerpos, recibió el tuyo una cantidad de movimiento bastante para sacarle del estado de inercia en que se hallaba.

Pero ¿quiénes son aquellos majos de calzon corto y de chaqueta, cubiertos de alamares de oro y plata, ancha patilla, pelo escarolado, que saltan de gozo á la leve señal que se les ha hecho? Son los banderilleros Legaña, Capita, el Curro, Perico no te veas, y otros mas, que ansiosos de mostrar su destreza, corren en todas direcciones á encontrarse con el toro: búscanle por el frente, por los lados, y hasta por la trasera:

revuélvese para defenderla, cuando dos saetillas le advierten dolorosamente que el arte se burla de la fuerza. Repítense las suertes, las corridas, los engaños: todos se disputan la honra de desafiar los riesgos... Llega en tanto el momento fatal para la fiera, y el de gloria inmarcesible para los Paquillos y los Carretos. ¿Y deberemos pasar adelante sin hacer algunas reflexiones sobre la tragedia? No es posible; hablemos siquiera de la catástrofe. La del trágico se encuentra por lo regular donde menos se piensa: en los toros no solo se conoce, sino que se anuncia á son de timbales: allí se figura que es un semejante nuestro el que perece, y nos horrorizamos: aquí sabemos que real y verdaderamente es

una fiera la víctima, y celebramos su muerte: en la tragedia el que nos ha escitado mas compasion, el inocente, el débil, recibe el premio de sus virtudes con el puñal ó el veneno: en los toros la bestia atroz que desventró once caballos, y quiso hacer lo mismo con los hombres, es la que va á pagar sus delitos, quedando inermes sus ensangrentadas astas. Preséntase para esto el matador gallardo, y poniéndose de hinojos ante la Autoridad, como los antiguos caballeros ante sus damas, invoca los nombres mas sagrados, ofreciéndoles el honor y gloria de tan descomunal empresa. Recibe de su primer ayudante la roja muletilla y la terrible espada, símbolos de la muerte, y parte hácia el toro con la im-

pavidez de un Hércules. Llega con paso firme, pero mesurado, se detiene, observa, da sus órdenes, á derecha, á izquierda, ni muy apartado, ni muy próximo á la barrera: pasa la capa una y cuatro veces, se revuelve el toro, baja para embestir, y... cayó pasado el corazon *de una muy buena*. Veinte mil voces, veinte mil palmadas, veinte mil pañuelos undulantes aclaman al adalid con mas entusiasmo y cordialidad que la antigua Roma á sus triunfantes opresores. ¡Y tú, atrevido matador, sácia tu corazon de noble orgullo, muestra el hierro ensangrentado á la Autoridad y á un pueblo atónito que no dejará de repetir sus aplausos hasta que las tres briosas mulas arrastren de su presencia el trofeo de tus glorias!

Glorias terribles para los entusiastas del teatro, que en vano intentarán menoscabar con sus sofismas. Ellos se afanan por conmover á los hombres, escitando sus pasiones, y agotando los preceptos del venerable Horacio: el torero, sin conocer por el forro este autor, infunde en los espectadores el terror ó la alegría, el silencio ó la algazara, la indignacion ó el aprecio. El dramático llena pocas veces su deber, y nos ofrece monstruosidades que repugnan á la verosimilitud, á la decencia y al arte: en las corridas todo es natural, todo honesto, todo conforme con las leyes de la tauromaquia: allí faltan casi siempre las tres unidades: aquí tenemos unidad de accion, unidad de lugar, y unidad de

tiempo: en los dramas unas veces se precipita, otras se retarda demasiado el desenlace: en los toros todo camina á su fin sin violentar las escenas, y se llega á la catástrofe con la mayor facilidad, no faltando episodios muy divertidos y muy enlazados con la accion principal, como el salto de Paquilo, los perros, las banderillas de fuego y la espantosa media luna. Asi, pues, las corridas de toros son preferibles á las funciones del teatro, bajo cualquier aspecto que se consideren. Vamos ahora á habérmolas con los señores economistas.

Las corridas de toros son una empresa, en la que tenemos, 1.º toros y caballos, que podemos llamar *primeras materias*: 2.º toreros y operarios, que *pres-*

tan su industria: 3.º Hospital general, que suministra los capitales, y retira las ganancias. Ya ven ustedes que nos ponemos en la cuestion. Pues ahora analicemos estas partes para conocerlas, y conocer la verdad.

Los consumos son necesarios para la produccion. Luego si en la plaza de Madrid se consumen quinientos toros anualmente, se producirán otros quinientos siempre que á sus dueños se les abone su valor, y el de las utilidades que deben esperar de esta grangería; y como es positivo que este pago se verifica, y asciende á mas de 500 duros, claro es que las corridas de toros, en vez de perjudicar, fomentan poderosamente la ganadería.

Pero mil caballos destrozados

en las astas de los toros ¿no son una pérdida real para la agricultura? No, señores míos; son una ganancia, no son pérdida: voy á demostrarlo. Los caballos que se destinan á este objeto, por su vejez ó sus maulas no pueden ya prestar un trabajo capaz de resarcir con ventaja el coste de su manutencion: son, si ustedes quieren, unos consumidores improductivos, como lo manifiesta el bajo precio á que se venden. Regulado en 8 duros, serán 80 los que adquiere la agricultura, la cual por consiguiente queda beneficiada de dos modos, uno en el capital que recibe, otro en la carga de que se la aligera.

Los toreros y operarios desde luego se mantienen cómodamente seis meses del año; pero ade-

mas, si no malgastan el fruto de sus riesgos, pueden acumular ahorros de consideracion, y ponerse con ellos en estado de abrazar algun oficio, ó de progresar en los que ya ejercen en sus pueblos, de lo cual podriamos citar varios ejemplos, entre otros el del Sombrerero. Es por consiguiente un beneficio para la industria la suma de los salarios que en las corridas devengan.

No hablaremos del Hospital, porque todo el mundo sabe la integridad con que maneja estos fondos, y el objeto piadoso á que se destinan.

Esto supuesto, pasemos ya á deshacer el gran argumento de que *la mayor parte de los que concurren á las fiestas de los toros son artesanos, que pierden*

el jornal de aquel dia y el precio de la entrada, y la industria el trabajo que podrian prestarla en las horas en que se divierten.

Las corridas de toros se hacen en Madrid los lunes: tambien se podian hacer los martes; pero los lunes parece que estan destinados al jolgorio, segun costumbre antiquísima de los maestros de obra prima, y aun si tuviese tiempo y humor para hojear la historia, tal vez llegaria á probar, como se prueban otras muchas cosas, que á los zapateros se debe la institucion de estas fiestas. Sea de esto lo que quiera, no cabe duda en que la eleccion del dia no está en la voluntad de los espectadores, quienes concurririan del mismo modo en los festivos, como se ve en Aranjuez y

otras partes; pero aun en la dura necesidad de tener que perder un jornal por esta sola causa, no es malogrado para el Estado, que alcanza la ventaja de dar actividad por este medio á varios ramos de industria, segun se ha demostrado, y la de no recargar á los pueblos con alguna contribución, que seria indispensable para cubrir los gastos de los Hospitales. ¿Y no se nos encarece altamente la utilidad de establecer bancos públicos, donde el pobre deposite sus cortos ahorros, y los encuentre beneficiados cuando la desgracia le obligue á retirarlos? Pues bien, este gran banco es el Hospital general de Madrid, siempre dispuesto á prodigar la caridad y los consuelos al infeliz que los implora.

Con este sacrificio voluntario que se impone el jornalero llena, pues, deberes que le corresponden como miembro de la sociedad; y mientras el frio economista sujeta á cálculo el valor material de sus fuerzas, y los instantes de su vida en que puede ejercerlas, nosotros nos alegraremos cordialmente de verle distraer algunos dias sus penas en los toros, estirar sus lánguidos miembros adormecidos del cansancio, y tomar aliento para volver con ardor y constancia á sus fatigas. Y si en las cortas horas que las suspende se resiente la industria á que esté dedicado, nos consolaremos al ver lo que ganan otras al mismo tiempo, como la de los caleseros, aguadores, vendedores de fruta, de abani-

cos, de confituras &c., en cuya prosperidad se cifra el sustento de muchas familias, dignas tambien del aprecio de los hombres, y que ganan y gastan alternativamente en estas españolas fiestas.

Queda asi probado que la economía política nada tiene que argüir contra ellas. Pero de la moral ¿podrá decirse otro tanto? No entraremos en honduras en esta parte, y nos contentaremos con esponer algunas reflexiones que se ofrecen á primera vista.

Las corridas se celebran, como si dijéramos, á campo raso, y en claro dia, tan claro que á poco que se nuble ya no hay toros. Por consiguiente es muy difícil que á la vista de tantos y tan perspicaces observadores se atreva nadie á hacer cosa que ofen-

da á la decencia y á las costumbres. Puede sin embargo haber algun desliz; ¿pero adónde irá el buey que no are? ¿en dónde se reunirán los hombres que no den muestras de su debilidad y su miseria?

Tambien se pronuncian algunas palabras de sonido gutural que causan una impresion tan desagradable en el alma como en el tímpano de nuestros oidos; pero alli nada significan: se dirigen únicamente á vigorizar el espíritu de algunos *tumbones*, que no por temor, sino por no haber tomado mas que una taza de caldo en todo el dia, se encuentran débiles y como desanimados para acercarse á las astas del toro. ¿El capitan de un barco no entusiasma del mismo modo á su abati-

da tripulacion en lo fuerte de una tempestad ó de un combate?

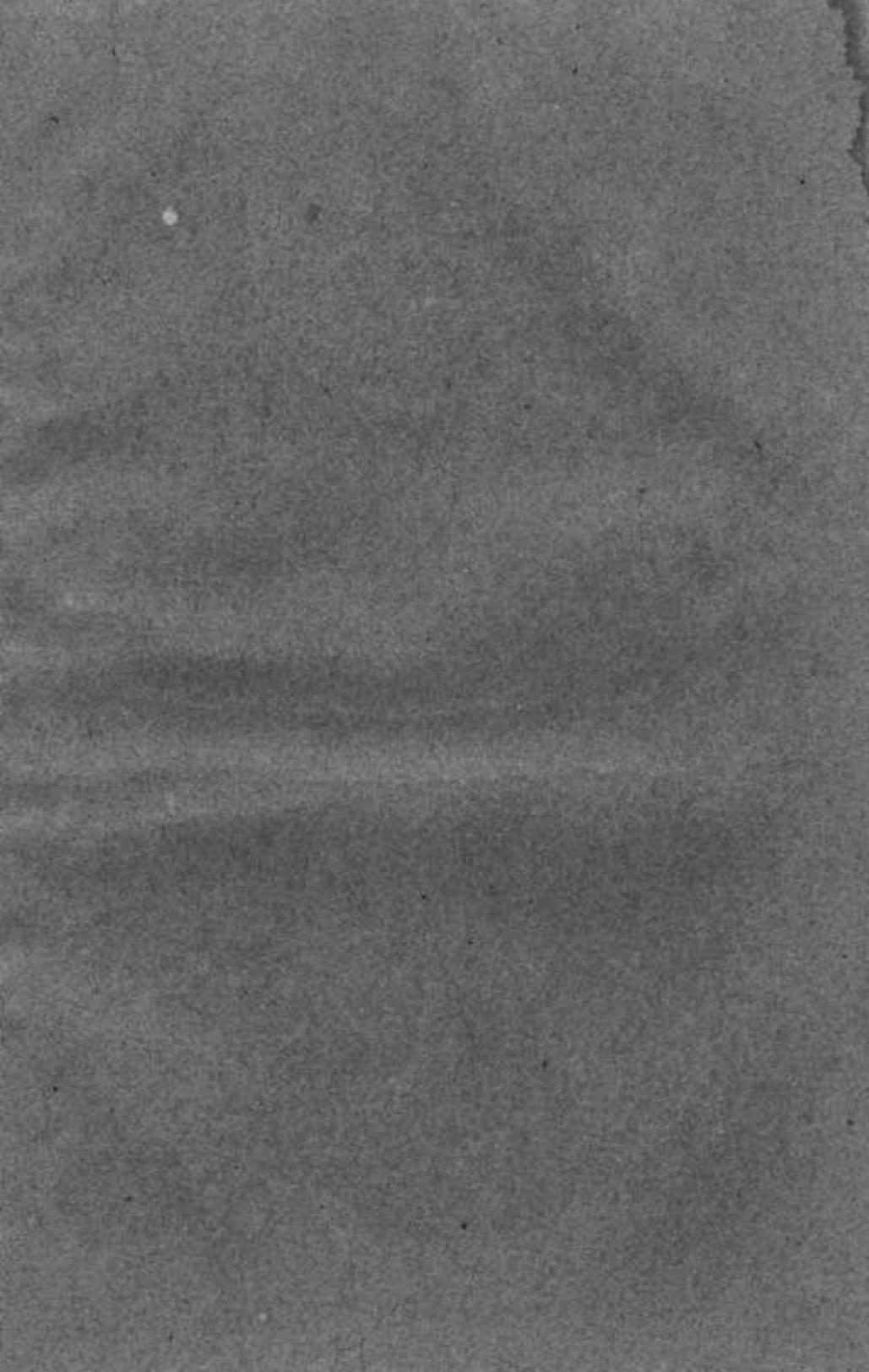
El cargo mas grave que puede hacérsenos *es que los toreros, por la codicia, se esponen á la muerte;* pero ademas de que en otras profesiones, la del albañil y minero, por ejemplo, se encuentran los mismos riesgos sin que nadie se alarme por ellos, no son tan frecuentes las desgracias como se supone, y llegará dia en que desaparezcan enteramente con el establecimiento de esa escuela de tauromaquia en Sevilla, que debemos á la tierna solicitud y cuidados paternales del REY nuestro Señor, donde se enseña el arte por principios, habiendo visto con placer en el primer discípulo de ella los adelantos que ya se han hecho, y los

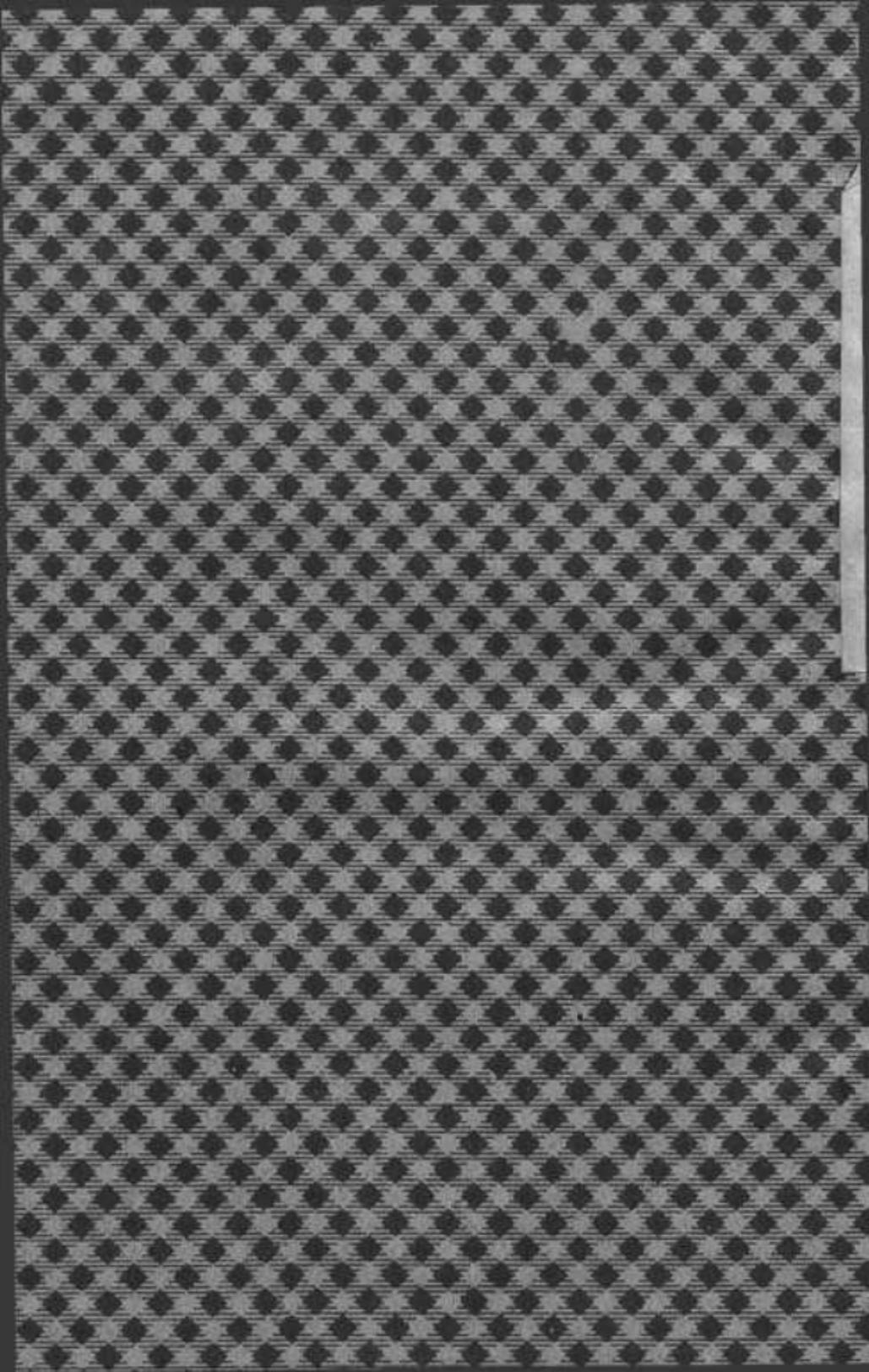
que pueden esperarse del zelo infatigable de los que la dirigen. Mas si á pesar de esto no ce-
 deis todavia, vosotros rigoristas austeros, recorred las salas del Hospital general, y al verter lágrimas de dolor sobre el humilde lecho en que hallareis postrada la indigencia, sollozad de consuelo al contemplar los auxilios que le suministra la piedad cristiana, y decid: *en esto se emplean los productos de las corridas de toros...* Esta idea consoladora llevamos á la plaza; esta idea consoladora nos acompaña al salir de ella. ¿Por qué, pues, censurar la diversion que la motiva? Concurran por el contrario á ella todas las clases del estado: reúnanse alli los potentados con los pobres, los sábios con los ignorantes, el

fuerte con el débil; únanse sus voluntades como lo estan en aquel recinto sus personas; anime sus semblantes el júbilo y la confianza; llénense sus almas de nobles sentimientos, de sentimientos castizos y españoles; y si alguna vez honran con su presencia nuestros augustos SOBERANOS reunion tan numerosa, admire el mundo el espectáculo magestuoso que ofrece el pueblo mas feliz de la tierra, disfrutando gozoso de una diversion que le es propia y peculiar, y tributando á sus idolatrados MONARCAS rendidos homenajes de acrisolada lealtad,

Se hallará en Madrid á 2 reales en la librería de Brun, frente á las Covachuelas, y en los despachos de billetes de los toros.

Se ha acordado en Madrid á 2 de mayo de 1808.
En fe de lo qual, firmo á las once de la noche.
en los despachos de la Real Chancillería de Valladolid.





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. <u>494.</u>	Precio de la obra.....
Estante . <u>102</u>	Precio de adquisición..
Tabla... ..	Valoración actual.....
Número de tomos.		

